

Con el nombre prestado

Con el nombre prestado

Elsa Rodríguez Osorio

I

PRIMERA BATALLA

Esa mañana de marzo, el sol se filtró por la ventana de la pequeña habitación donde apenas había una cama de latón, un desvenado tocador y un viejo baúl. Desperté sobresaltada: “¡Chispas, ya es tarde!”, si no me daba prisa, llegaría tarde al trabajo. Salí al patio a lavarme y regresé al cuarto, busqué en el baúl mi ropa y me vestí. Luego me peiné frente a la luna empañada del tocador.

Mi mamá, Estela, se revolvió en la cama, tosiendo. Tenía una semana así. “Hoy pido un préstamo en el trabajo para llevarte al doctor”, le dije.

Corriendo entré a la cocina. El piso era de tierra, el techo de lámina y la pared de ladrillos. Prendí la estufa: un olor a petróleo impregnó el ambiente, que se confundió con el aroma del té de canela que calenté para mi mamá. Tomé unos sorbos de la infusión, mordisqueé un panqué y le di un ligero beso en la frente a mi mamá. Sentí que tenía fiebre: “Hoy sin falta te llevo al doctor”, le repetí. “No es nada, hija, no te preocupes”, me contestó sonriendo. Por un instante contemplé la redondez de su cara, el destello de su diente de oro y su pequeño cuerpo que intentaba incorporarse. A pesar de los años en la capital, aún conservaba un ligero acento tabasqueño.

Salí volando de la casa, caminé presurosa una cuadra por Altamirano hacia San Cosme. Por suerte pasó pronto el camión Tacuba, Panteones y Anexas. Pagué al cobrador quince centavos

y me senté. Miré distraída por la ventanilla. Pasaron las torres de la iglesia de San Cosme, luego el cine Roxy, avenida Insurgentes. Me llamaron la atención los gritos de los voceadores en la calle: “La beeeella actriz Miroslaaaava se suicidooooó por causa del torero Dominguíííín”.

De pronto un presentimiento me asaltó: “Y si mi mamá muriera, ¿qué sería de mí?” Estaba sola en el mundo. Tenía diecisiete años. Mi papá había muerto cuando yo tenía cuatro. Apenas lo recordaba, y mis abuelas Eligia y Juana, que vivían con nosotros, también se habían ido ya. Procuré desechar el mal pensamiento, pero éste quedó agazapado en mi mente, y a cada momento volvía provocando una opresión en mi pecho.

Me bajé en avenida Hidalgo, frente a la Alameda, donde se ubicaba el Sindicato Ferrocarrilero. Chequé mi tarjeta y busqué a Anita Infante, mi amiga, quien me acompañó a solicitar un préstamo de cincuenta pesos.

Cuando regresé del trabajo a mediodía, mi mamá estaba mejor. Después de comer, me arreglé para ir en la tarde al Instituto donde daba clases de taquigrafía y mecanografía, allá por Niño Perdido. El trabajo me lo había dado el director de la academia donde había estudiado para secretaria. Buscando mi suéter en el baúl, justo ese día me topé con una foto que siempre me había intrigado. Aparecía yo, como de tres años, regordeta, con un gran moño en la cabeza, junto a un niño y una niña un poco mayores que yo. No era una foto instantánea, sino de estudio. Como de costumbre, le pregunté a mi mamá quiénes eran esos niños, y porqué estaba con ellos. En el fondo de mi alma, lo intuía. Además, no faltó quien, en algún momento, me lo había dicho: “Ella no es tu mamá. A ti te recogieron cuando eras chiquita”.

Invariablemente, cuando le tocaba el tema, mi mamá lo negaba, se ponía a llorar y me decía: “Lo que pasa es que ya no me quieres. Bien me decían: ‘Cría cuervos y te sacarán los ojos’”. Su frase preferida.

“Pero, mamá, yo nunca te voy a dejar. Lo que quiero es saber la verdad. Te quiero mucho y tú me has dado todo —le dije también llorando—. Pero, quiero la verdad. ¡Por favor!”

Ante su reiterada negativa, y para no hacerla sufrir más, apreté los labios, casi los mordía, y callé de nuevo. Me fui a la academia de comercio a dar clases. Las dudas y los malos presagios me acompañaron toda la tarde.

Llegué en la noche a la casa. Mamá dijo que no era necesario ir al médico, que se sentía mejor. Le hice caso, merendamos y nos acostamos, sin sospechar que esa noche sería una de las peores de mi vida. Desperté sobresaltada al sentir que mi mamá estaba temblando y jadeaba. La abracé, estaba fría y muy pálida. Le grité: “Mamá, mamá, ¿qué te pasa?” Tenía el cuerpo empapado en sudor, los ojos estaban en blanco y echaba espuma por la boca. No sé cuánto tiempo pasó así. De repente, pasándole las manos por la cara, logré cerrarle los ojos.

Empecé a gritar pidiendo ayuda a unos vecinos que vivían en la casa de enfrente. Vinieron y les pedí que se quedaran con ella mientras iba por un doctor. En la acera de enfrente vivía uno, pero por más que toqué, nadie me abrió. Entonces pensé en ir a buscar a un sacerdote. Serían las tres de la mañana. Caminé por calles solitarias hasta llegar a la iglesia de la Guadalupe. Frente a ella estaba la casa de los curas. Tuve suerte, uno de ellos se compadeció de mi dolor y me acompañó a la casa.

Le dio los santos óleos. No había remedio: mi mamá estaba muerta.

En cuanto amaneció y abrieron la tienda de la esquina, llamé por teléfono a mis padrinos de bautizo. Ellos se hicieron cargo del sepelio. Yo no tenía consuelo, me sentía sola en el mundo. Durante el velorio, que fue en la casa de los vecinos, llegó mucha gente; todo el mundo la quería. Era una mujer con gran calidez humana, simpática y mal hablada, como buena tabasqueña. Tendría unos cuarenta y cinco años.

Entre tantas personas que fueron a darme el pésame, estaban mis compañeros de trabajo, que habían reunido algún dinero para ayudarme. Con ellos llegó Alfonso, mi novio de entonces. Al verlo, me abracé a él, pero me dijo: "No me sientas como tu tabla de salvación. Tú tienes que hacer tu vida". Sabias palabras. Con el tiempo se lo agradecí, ¿qué hubiera sido de mi vida casada tan joven? Quizá me hubiera llenado de hijos y no habría hecho una carrera, como más tarde la hice.

También llegaron dos señoras que no conocía. La más bajita me dijo en tono displicente: "No sé por qué lloras si ella no era tu mamá". Le contesté molesta que ella era a la única que reconocía como madre, porque era la que me había criado y dado su amor y sus cuidados.

Sin embargo, la espina de aquellas palabras se me quedó clavada en algún rincón del alma.

II

ESTELA Y DANIEL

Estela Osorio y Daniel Rodríguez Cázares, mis padres adoptivos, se conocieron en la década de 1920, en Villahermosa, Tabasco. Daniel había ido a Villahermosa con la banda de la Secretaría de Hacienda. Tocaba el trombón, creo.

Éste fue el escenario de aquel encuentro que mi mamá me contaba y que yo he aderezado con algo de imaginación:

La Plaza de Armas rebosa de gorjeos de pájaros y de muchachas que, tomadas del brazo, dan vuelta a la plaza mientras escuchan la música. En sentido contrario lo hacen los varones que, al cruzarse, les lanzan piropos. Al oír los acordes del vals Alejandra, Estela voltea a mirar a los músicos; era su melodía preferida y, sin darse cuenta, empieza a tararearla. Entonces sus ojos se cruzan con los de Daniel. Éste le sonríe y ella se ruboriza. Alto, delgado, se ve muy apuesto con su uniforme militar. Cuando termina la melodía, hay un descanso de la orquesta. Daniel aprovecha para buscar a la joven que lo había cautivado.

Se acerca al grupo de muchachas donde ella está. Cuadrándose y chocando los talones le dice:

—Señorita, veo que le gusta la música. Permítame presentarme: soy Daniel Rodríguez Cázares y toco el trombón.

“Qué atrevimiento”, piensa Estela, se nota que es fuereño. ¿Cómo se dirigía a ella sin haber sido presentado? Sin embargo, balbucea:

—Estela... Estela Osorio.

—¡Qué nombre tan bonito! Suena como suave brisa. La banda tiene quince minutos de descanso y me muero de sed, ¿podría acompañarme a tomar un refresco?

Estela voltea hacia sus amigas y ellas, entre risas, la animan a que acepte. Luego mira hacia donde está doña Juana, su madre, quien sentada en una banca se entretiene platicando con otras señoras.

—¿Cuál es la bebida típica de aquí? —le pregunta Daniel, mirándola de una manera que la hace ruborizar.

—El pozol...

—¿Pozol? —interroga él—. En México conocemos el pozole, pero es un platillo hecho con maíz.

—También el pozol lleva maíz, además de cacao, y es una bebida muy refrescante y le quita la sed, ya verá... ¿De dónde es usted? —se atreve a preguntarle.

—De la ciudad de México.

—¡Huy!, de la ciudad de México. ¿Y es bonita?

—Imagínese, la llaman la ciudad de los Palacios. ¿Le gustaría conocerla?

—¿Y a quién no?

—Pues ni hablar, véngase conmigo y la conocerá.

—¿Cómo dice? Yo soy una muchacha decente. ¿Cómo se atreve a proponerme eso?

—No se moleste, Estela, se lo digo en buena ley. Casándonos.

—Pero si nos acabamos de conocer.

—Desde que la vi mirándome con sus grandes ojos negros me dije: “Ésa es la mujer de mi vida”.

—Pero si no sé nada de usted.

—¿Qué quiere saber de mí? Tengo veinticinco años. Soy hijo único, mi padre murió cuando tenía doce años y, desde entonces, trabajo para mantener a mi madre. Ahora cuénteme de usted.

Estela, eludiendo la respuesta, le dice:

—¿Le gustó el pozol?

—Sabe un poco... raro, pero sí me quitó la sed.

En ese momento un compañero de Daniel lo llama:

—Daniel, ya debemos tocar de nuevo.

—En un momento... Estela, necesito verla de nuevo, ¿dónde vive?

—Aquí cerca, junto a la iglesia de la Conchita, en una casa de color rosa, pero mi mamá es muy estricta y me va a matar por haber platicado con un desconocido... Después de las once toque quedito en la primera ventana.

Al dar las once en la parroquia, Daniel aparece en la calle y, luego de dos toquidos, Estela asoma tras la reja de la ventana.

La noche ha refrescado un poco y huele a caña madura. Mientras la luna brilla sobre el Grijalva, Daniel le susurra a Estela:

—Me encantas, me gustan tus suaves maneras, tu grácil figura, tu graciosa manera de hablar comiéndote las eses... Me gustaría saber todo de ti. ¿Tienes novio? ¿Estás comprometida?

Estela ríe de las locuras de Daniel y, sin sentir, comienza a contarle su vida. También era huérfana de padre. A su padre y a su hermano Eusebio los habían matado revolucionarios que arrasaron la región. Poseían un pequeño rancho, Los Cacaos, en el municipio de Macuspana, de donde tuvieron que huir dejándolo todo.

—Mi madre trabajó muy duro planchando y lavando ropa para mantenerme. Ahora yo le ayudo cosiendo y bordando prendas que luego vendemos. Vivimos arrimadas en casa de una tía.

—Si nada te queda aquí, vámonos a México. Allá vivo con mi madre, y te juro que no te faltará nada. Trabajaré toda la vida para ti.

—No puedo, Daniel. Además de que apenas nos conocemos, yo también tengo a mi madre y, después de lo que hizo por mí, no la dejaría nunca.

—Pues la llevamos con nosotros si tú quieres.

Esa noche quedó sellado el amor entre Daniel y Estela. Cuando doña Juana lo supo al día siguiente, no lo podía creer. ¿Su hija casarse con un desconocido? Y luego, irse tan lejos... Pero no había remedio, sabía que cuando Estela se proponía algo... Se

casaron una semana después, en la iglesia de la Conchita, pues al día siguiente tenían que partir para regresar a la capital.

Entonces el viaje a la ciudad de México desde Tabasco era una odisea: no había carretera, así que en Villahermosa tomaron un tren a Puerto México; luego, un barquichuelo los transportó al puerto de Veracruz, y después tomaron el tren interoceánico a la capital mexicana. La ciudad impresionó a Estela, pero el panorama no fue precisamente como se lo había pintado Daniel.

Siempre sufrieron de estrecheces económicas. Vivían en un terreno baldío en la colonia San Rafael, donde cuidaban una bodega de maquinaria vieja: tractores, zapadores, grúas.

Ignoro por qué Daniel dejó el puesto en la banda de música y consiguió un trabajo como celador en la Dirección de Aduanas. Lo enviaron a Mexicali. Se llevó a Estela. La joven, después de no conocer más allá de su tierra, se fue a vivir al otro lado del país. Extrañaba a su madre, doña Juana, que se había quedado en la ciudad de México junto con su consuegra doña Eligia. La convivencia entre ellas no fue fácil.

Cuando regresaron a la capital, Estela se puso a estudiar para cultora de belleza, como se decía antes (ahora es estilista). Mientras, Daniel trabajaba en Ciudad Camargo, Tamaulipas. Ella instaló un salón de belleza a una cuadra de la casa. La máquina para hacer permanente, secadoras, espejos, todo lo compraron a crédito. Todavía conservo una almohadita donde las clientas ponían las manos para que mi mamá les hiciera manicure. Está bordada y dice "Estela".

Por un tiempo todo fue bien, pero, según contaban las vecinas, una vez Daniel, que ya había regresado de Ciudad Camargo, se puso celoso porque sorprendió a su mujer agarrándole las manos a un señor. Iracundo, hizo añicos los espejos y todo lo que se encontraba en el salón. En realidad, ella estaba haciéndole manicure al cliente. Pero el mal estaba hecho. Poco después se cerró el salón.

Otra pena que los embargaba era que no pudieron tener hijos. Yo llegué a sus vidas quince años después de que se casaron.

III

PRIMEROS RECUERDOS

La casa constaba sólo de tres cuartos con paredes de ladrillo y piso de tierra apisonada. En la primera pieza, donde dormíamos, había una cama, un tocador y un gran baúl donde mamá guardaba papeles y ropa. La pieza de en medio era un poco oscura, no tenía ventanas. En un rincón había una cama, enfrente una mesa de madera y algunas sillas. De las paredes colgaban viejas fotografías de los abuelos, una imagen de san Juan Bosco, y una de la bandera. ¡Ah!, también un cuadrito de unos gatitos que jugaban con una madeja de estambre. Seguía la cocina, donde había un trastero, una mesita, fogón y, colgadas, algunas renegridas cazuelas.

El lavadero y el baño estaban a un lado de la puerta de entrada. El baño era apenas un cuarto hecho con tablas de madera donde había una fosa séptica de cemento. Para bañarnos, tapábamos el agujero con una tabla, a un lado poníamos una tina con agua caliente y nos bañábamos a jicarazos. Confieso que no lo hacíamos todos los días, pero el sábado ¡era de rigor! Entonces era una costumbre de muchos mexicanos pobres, porque no en todas las casas había baño con regadera. Para calentar el agua, instalábamos en el patio un bote sobre cuatro ladrillos, abajo le poníamos leña o “combustible”, que era un paquete de viruta comprimida.

En el patio, sobre la pared, se apilaban varias macetas que mi abuelita Juana cuidaba cuando vivía. La casa estaba limitada por una alambrada, y al otro lado se extendía un terreno lleno de maquinaria y fierros herrumbrados. De niña era mi lugar preferido

para jugar. Me subía a lo que creo que era un tractor que tenía enormes llantas, asiento y volante de metal. A veces salía una que otra arañita, pero yo me ponía a manejarlo imaginando ser una princesa que conducía un carro hacia el sol. Siempre jugaba con Micaela, mi amiga imaginaria. Frecuentemente encontrábamos tlaconetes en el lavadero y les echábamos sal; era divertido verlos retorcerse. También nos entreteníamos con los azotadores que caían de un árbol de aguacate. Los picábamos con un palito para que sacaran sus cuernitos de color rosa y soltaran un olor peculiar.

De los primeros recuerdos que tengo es el de un día de Reyes que me trajeron un montón de juguetes; entre ellos un pequeño muñeco de celuloide que gateaba dándole cuerda con una llavecita. Al poco tiempo se me descompuso, y mi papá me dijo que lo dejara en el patio, junto a las macetas, y que los Reyes me lo arreglarían.

—Pero si ya se fueron —le dije.

—No, hija, mira, ¿ves esas tres estrellas que se ven en el cielo? Son los Reyes que todavía no se van.

A los pocos días encontré, entre las macetas, al muñequito compuesto.

Una soleada mañana mi mamá me bañó en una tina, dentro del cuarto. Me puso un vestido de bolitas rojas y un gran moño en la cabeza.

—Tu papá te llevará al trabajo —me dijo.

Yo estaba muy emocionada. De su mano atravesamos por un campo lleno de preciosas flores rojas.

—¡Qué bonitas flores! ¿Cómo se llaman? —le pregunté.

—Amapolas —me dijo. (Entonces no estaba prohibida su siembra y, en algunas tarjetas postales que llegué a ver, aparecían impresas a todo color. Igual que las violetas o las rosas, eran símbolo de amor.)

En el radio escuchaba una canción que decía: “Amapola, lindísima amapola, por qué eres tan ingrata, ¡quíereme!...”, mi mamá usaba un polvo facial llamado Cocaína en Flor.

Mi papá me presentó a su jefe con un timbre de orgullo. Ella es mi hijita Elsa (¿Elsa? ¿Yo me llamó así? ¿Y Mireya?... Estaba confundida.)

La relación con mi papá era muy afectuosa. Cuando llegaba en las tardes, yo corría a calentarle su té de hojas de naranjo en un braserito que él mismo me había hecho. También me construyó una mesita y un banco donde me enseñó a escribir. Me gustaba su letra garigoleada.

—Quiero que seas doctora —decía.

Su partida también la presentí. Cuando enfermó, me llevaron a casa de Cristina, una amiga de ellos que trabajaba por Santa María la Ribera. Yo jugaba con mis trastecitos a la comidita sobre un piso de mosaicos de colores cuando sonó el teléfono. Corrí diciendo: “Mi papá” y comencé a llorar. Cristina me llevó a la casa y lo vi tendido, tapado con una sábana blanca. Quise entrar a abrazarlo, pero no me dejaron. Decían que se le había reventado una úlcera.

Lo fuimos a enterrar al panteón de Dolores. Fue muy doloroso. Mi mamá lloraba desolada e intentó echarse a la fosa. Creo que lo quería mucho, pero tuvo que reponerse para hacerse cargo de mí y de mis abuelas.

Tendría cuatro o cinco años cuando mi mamá decidió meterme a una escuela por la calle de Mirto. Ahí, de manera muy confusa, recordaba el nombre de alguien llamada Mireya, ¿o sería yo misma? (Es posible que en ese entonces, al verse sola, mi mamá decidiera registrarme y cambiarme el nombre, temerosa de que los verdaderos padres me fueran a reclamar.)

Yo ignoraba todo y era feliz con las que creía que eran mis abuelas y mi mamá, quienes me demostraban gran cariño. Creo que era una alegría para ellas.

La abuela Juana tenía el rostro redondo y usaba trenzas que se enrollaba en la cabeza. Leía La Prensa y estaba atenta a los

acontecimientos de la segunda Guerra Mundial, al Escuadrón 201 y a las hazañas de Sarabia, el piloto aviador que murió trágicamente.

Se afanaba para traerme muy arregladita, con vestidos bien almidonados, con un gran moño atrás. Me gustaba ver como, sobre una hoja de plátano, iba amoldando las tortillas que luego echaba sobre el comal. Enseguida me daba una tortilla calentita bien apretada con un poco de sal. Le decíamos "burrito".

Por su parte Eligia, la mamá de mi papá, delgada, de pelo cano, algo cegatona y medio coja, todas las tardes iba a comprar un cuarto de leche "para la niña" y pan dulce de La Primavera. Ya anciana, seguía vendiendo billetes de lotería.

Una vez se le cayó la sopa. Mi mamá la reprendió y ella le dijo: "Es que no veo". Juana por lo bajo dijo: "No ve a quien friega"... Eligia la escuchó y, cansada de tantos disgustos, se fue a vivir a un asilo. Yo estaba más grandecita y seguido la iba a visitar, hasta que un día me dijeron que había muerto. La lloré. Poco después murió la abuelita Juana.

Nos quedamos mi mamá y yo solas.

IV

EN LA LUCHA

Estela, durante un tiempo, atendía a sus clientas en la casa. Pintaba y cortaba el pelo y hacía permanentes. Por entonces, la permanente hacía furor en México. Las mujeres se cortaban las trenzas para traer el pelo chino. Mamá usaba una máquina portátil que ahora parecería obra de marcianos: después de hacer gajos el pelo, les ponía un líquido, los enrollaba con papel aluminio y les ponía unas pinzas que, por medio de cables, se conectaban a una central eléctrica. Mi mamá también hacía peinados a lo Marcel utilizando unas tenazas que calentaba en un calentador de alcohol.

Luego, no sé qué pasó y ya nadie buscaba a doña Estela para hacerse la permanente; quizá ya no estaba de moda. Para mantenernos empezó a lavar y planchar ropa ajena. Me sentaba a su lado para ver cómo planchaba un montón de camisas bien almidonadas. Usaba planchas de fierro que calentaba en un brasero. Le quedaban impecables. Yo la acompañaba mientras leía las historias románticas del Pepín y el Chamaco que compraba cuando iba al mercado. Creo que costaban dos por quince centavos.

Cuando estaba en segundo o tercero de primaria, un día me separaron del grupo y me mandaron a casa: tenía tosferina. Para que me aliviara, le aconsejaron a mi mamá darme leche de burra. Todos los días llegaba a la puerta de la casa un señor con una burra que ahí mismo ordeñaba y me daban un cuartito en un vasito de aluminio. Me curé.

INTENTO DE SUICIDIO

Tendría once o doce años. Entraba a la adolescencia. Entonces las luchas hacían furor en México y siempre me escapaba para ir a verlas en el televisor que ponían en un aparador de la Distribuidora de autos O’Farrill, que estaba en Alfonso Herrera, a la vuelta de la casa. La televisión en México apenas empezaba y muy pocas familias tenían un aparato, así que algunos comercios instalaban uno cuando había una pelea de box o de lucha libre. Los héroes de entonces eran La Tonina Jackson, el Santo, Blue Demon, Black Shadow, el Murciélago Velásquez y otros. Esa tarde luchaba el Tarzán López, y mis amigas y yo hasta encendimos una veladora para que ganara. No me acuerdo si nuestras oraciones surtieron efecto.

Me entretuve mucho, y cuando regresé a casa, mi mamá me esperaba en la puerta con el cinturón en la mano para darme una tunda. Yo, para evitar los golpes, corrí por toda la casa mientras ella gritaba: “Párate, porque te va a ir peor”. Por fin encontré un refugio. Me metí debajo de la cama, donde guardaba una gran tina de latón. Me escondí detrás de ésta, y cada vez que mi mamá daba un golpe, yo daba un grito fingiendo que me pegaba a mí, pero en una de éstas alcanzó a darme un cinturazo en la cara. Lloré y pataleé mostrándole lo que me había hecho, pero no hizo caso porque estaba muy enojada y pensó que fingía.

Luego me dijo: “Por desobediente, te quedas castigada. Me voy al cine con mi amiga Meche”.

Yo quería que me llevaran porque me encantaba ir al cine Universal, pues pasaban tres películas por un peso. A veces eran de Tarzán o de Shirley Temple. A todas las niñas nos peinaban como a ella: con caireles y un gran moño sobre la cabeza. También pasaban películas mexicanas de Cantinflas o de Jorge Negrete.

Ellas se fueron y yo me quedé llorando. Quería hacer algo que le doliera... “Ya sé: ¡me mataré!” En la casa había un montón de

medicinas que mi abuelita Juana había dejado. Fui al cuarto, tomé varias pastillas, las puse en un vaso con agua, las revolví y le di un trago... ¡Fuchi! estaba reteamargo.

Tiré el bebedizo al patio y ya no me suicidé.

No sé cuándo mi mamá empezó a beber. Era muy delgada, y alguien le dijo que si tomaba cerveza en ayunas, engordaría; creo que ahí empezó. Cuando regresaba de la escuela en la tarde y la encontraba dormida, era señal inequívoca de que había vuelto a tomar. Me disgustaba mucho cuando me mandaba a comprarle una botella. Cuando fui mayor, a veces me rebelé. La situación duraba quizás una semana y luego volvía a estar bien. Me sentía muy humillada cuando la gente llegaba a reclamarle porque no tenía la ropa lista.

También me sentí mal cuando, en una época, al regresar de la escuela, la encontraba sacando el agua de lluvia del cuarto porque se había roto un pedazo del techo. Me ponía a ayudarla y juraba que pronto trabajaría para ya no verla en esa situación.

NO ROBARÁS

Empecé a trabajar en varias cosas. En las mañanas limpiaba una oficina. Ganaba veinticinco pesos al mes, que me servían para pagar la colegiatura de la Academia donde estudiaba para secretaria. También, por un tiempo, vendí chicles junto con Enrique, un niño cuya mamá era amiga de la mía. Nos subíamos al camión Las Artes y vendíamos los chicles Adams a dos por quince centavos. Nos iba bien.

Mi carrera de vendedora ambulante se terminó cuando un señor me dijo que, al día siguiente, me regalaría unos moños porque se sorprendió al ver mi cabeza adornada con moños de color rojo y negro que yo me había confeccionado con la cinta desechada de

una máquina de escribir. Tenían bonito color. Después de eso, mi mamá se negó a que yo siguiera vendiendo chicles.

También trabajé en La Aragonesa, una miscelánea ubicada en la esquina de mi casa. Las paredes estaban pintadas de azul, blanco y rojo, igual que los colores de la Pepsi-cola, que acaba de entrar al país, y de esta manera se hacía propaganda. A la gente le gustaba hacer apuestas respecto a cuál refresco era mejor, si la Pepsi o la Coca-cola. La primera siempre fue más dulce.

Entonces pocas familias tenían aparato telefónico en casa, y los dueños de las tiendas cobraban a los vecinos cuando hacían o recibían llamadas. El dependiente o el dueño corría hacia tu casa y aporreaba la puerta diciendo, por ejemplo: "Le hablan a doña Estela"... Creo que el servicio costaba veinte centavos.

Los dueños de La Aragonesa eran doña María y don Adolfo. Él, un viejo refugiado español, apestoso a puro. Ella, michoacana. Decían que primero fue su empleada y luego se casó con él. Quizá le llevaría veinte años. Doña María era una mujer muy blanca, de melena larga y negra. Cuidaba sus manos con esmero. Siempre se ponía lanolina con agua de rosas y benjuí. A veces la señora me llamaba para que le ayudara en la tienda o para hacer la limpieza de la misma. Me pagaba un peso.

Todas las noches don Adolfo y un grupo de amigos se ponían a jugar dominó. Discutían sobre fútbol (entonces estaban en la palestra el Asturias y el Zacatepec). También hablaban sobre la corrida del domingo anterior y cómo había estado Lorenzo Garza o Armillita.

El piso quedaba asqueroso, todo cubierto de corcholatas y de colillas de cigarro y puro. Yo trapeaba y limpiaba mostradores y anaqueles. Los sábados iba al departamento de doña María a hacerle también el aseo. Estaba en la esquina de San Cosme y Altamirano, era muy oscuro. Mientras limpiaba, me gustaba escuchar en su viejo radio de bulbos la música de Agustín Lara.

Una vez, tendría doce o trece años, mi mamá estaba enferma y no teníamos dinero para ir al doctor. Don Adolfo y doña María, todas las noches, hacían corte de caja y apilaban las monedas de a peso en montoncitos de cinco, los envolvían en periódico y los ponían junto a la caja registradora, la cual estaba justo en la pared que daba al baño.

Se me ocurrió una idea que me pareció genial: me metí al baño y vi que había un pequeño agujero, me asomé y alcancé a ver los paquetitos de dinero. Pensé: sería fácil tomar uno y quizá no se darían cuenta. ¡Había tantos! Metí la mano, tomé uno y lo escondí entre las ropas, me despedí y me fui corriendo a casa.

No habían pasado ni diez minutos, cuando ya doña María estaba tocando a la puerta de mi casa. Había desaparecido un paquete de cinco pesos, y la única que estaba ahí era yo. Mi mamá me preguntó con voz inquisidora: “¿Los tomaste, Elsa?”

Aunque me moría de vergüenza, confesé llorando que sí, y que los había tomado para llevarla al doctor. Los devolví. Creo que se conmovieron un poco y me perdonaron, pero no escapé del regaño. Mi mamá me dijo que, a pesar de mi buena intención, no era correcto que tomara dinero ajeno. La lección la aprendí y nunca más volví a tomar nada que no fuera mío. Bueno, quizás algún dulce, o algo así.

Unos amigos de mi mamá me consiguieron trabajo en el Sindicato de Ferrocarriles. Para esto me tuve que aumentar la edad dos años, pues apenas tenía dieciséis. Tenía un año de trabajar ahí cuando ella murió.

Y yo que tenía tantos planes: cambiarnos a un departamento, tener una estufa de gas, comprarle ropa. Nada se pudo hacer.

V

EN CASA DE LOS PADRINOS

SEGUNDA BATALLA

El mayor reto

Cuando murió mi mamá, mi idea era quedarme a vivir en la misma casa, pero mis padrinos de bautizo, los Salcedo, decidieron llevarme a vivir con ellos. Tenían cuatro hijos. Los varones ya se habían casado, mientras que las hijas, Graciela y Enriqueta, aún permanecían solteras.

Gozaban de buena posición económica. Mi mamá los había conocido cuando le alquilaron un local —en la planta baja de su casa— donde ella instaló su salón de belleza en la calle de Altamirano, a una cuadra de donde vivíamos. Creo que los escogió porque podían ampararme si ella faltaba.

Confusamente recuerdo el día del bautizo. Tendría unos cuatro o cinco años. Fue en la parroquia de San Cosme. Estrené un vestido rosa con florecitas, zapatos azules y un gran moño en la cabeza. En la casa de ellos se hizo la fiesta, dieron tamales y atole.

De chiquita, mi madrina me demostraba gran cariño y yo también. Cuando la veía en la calle, corría a abrazarla y ella seguido me regalaba cazuelitas y jueguitos de té de barro que traía de Ocotlán, Jalisco, de donde era oriundo mi padrino. Sin embargo, conforme fui creciendo, el aprecio que me tenía mi madrina Aurora fue cambiando. Ignoro por qué. Quizá no comprendió mis

cambios de adolescente. Una vez la vi venir por la acera; me dio pena saludarla y me crucé la calle. Ella se sintió muy ofendida. No le gustaba cómo me vestía y siempre me regañaba. Era la época del “rebelle sin causa”, la época de James Dean. Todos los muchachos querían parecerse a él y usaban grandes copetes, jeans y chamarras; mientras, las chicas imitaban a Natalie Wood. Yo tenía unos choclos café con blanco y unas calcetas color fucsia que me encantaban. Cuando llegaba a visitar a los padrinos, me las tenía que enrollar para evitar el regaño.

El día que murió mi mamá, me dijo Graciela: “Te vienes a vivir con nosotros. Mi papá así lo ha decidido”.

No contesté pronto. La verdad es que me negaba a vivir con ellos. Sabía cómo eran. Durante toda mi niñez los frecuenté a instancias de mi mamá Estela. Cada sábado me mandaba a su gran casa de dos pisos, con hall, salas, comedor, desayunador, cuatro recámaras, tres patios, dos baños y hasta sótano. ¡Uff! Cuando llegaba a visitarlos, siempre me ponían a limpiar algo. Así que cuando Graciela me propuso irme a su casa, balbucí:

—Pero es que yo quiero quedarme aquí, con Mercedes, la amiga de mi mamá...

—¿Estás loca? —me espetó Enriqueta, la hija mayor, que tenía un ojo de color verde y otro café. Era blanca, gorda y alta, igual que toda la familia. ¿No ves que vive con un hombre? Al rato podría abusar de ti. Agarra tus tiliches y ¡vámonos! Las demás cosas se las va a llevar mi papá a la granja que tiene en Yautepec.

Quien mandaba en esa casa era mi padrino Alfredo (aunque nunca lo vi como ogro). Tenían sus reglas. Eran producto de la época. Cuando crecieron las hijas, decidió que ellas debían encargarse de la casa y no mi madrina. Se dividían el trabajo: una semana le tocaba cocinar a una, y la siguiente, a la otra. Incluso debían atender a los hermanos (antes de que se casaran). Una vez presencié cómo Javier —el mayor— le aventó unas camisas a Enriqueta porque, según él, estaban mal planchadas. Debían coser

la ropa, zurcir los calcetines y periódicamente encerar los pisos de madera de la planta alta. Yo ayudaba en todo. Evidentemente, eran producto de la época. Tenían que prepararse para ser buenas esposas y la virginidad era lo primordial.

COMPROBANTE DE DONCELLEZ

En ocasiones, el trato que recibía de las tres Gracias —toda la familia era alta y gorda— se parecía al que le daban la madrastra y las hermanastras a Cenicienta; sin embargo, por temporadas nos llevábamos bien. Bromeábamos. Todo el día escuchábamos en el radio los boleros de moda, que yo copiaba en la máquina de escribir para practicar mi mecanografía. Con quien mejor me llevaba era con Graciela, cuatro años mayor que yo. Ella, de alguna manera, me enseñó a pintarme, a fumar y a flirtear con los chicos. Hasta algunos de sus vestidos me los hizo a mi medida, pero controlaba totalmente mi vida.

“Si quieres salir con Alfonso —un novio que entonces tenía—, dile que traiga a sus amigos.” Y así salíamos las tres —Chela, Queta y yo— a la nevería Kikos o al cine. Si no querían ellas, no salíamos, y el pobre Alfonso se la pasaba enfrente de la casa mojándose, y yo llorando tras la ventana. Mi padrino, supuestamente, ignoraba cualquier noviazgo de ellas o mío. A Enriqueta no la habían dejado casar con un militar porque era un pobretón, y Graciela ni se atrevía a decirle que su novio era uno del Pentatlón, que después fue guarura de algún político.

Yo seguía trabajando en el Sindicato Ferrocarrilero. Una vez que no había suplencias, Alfonso me invitó a su casa, pues quería que fuéramos padrinos de un sobrino suyo. Vivía cerca del trabajo y a mí se me hizo fácil aceptar. Conocí al niño y a toda su familia. Todo muy formal.

Cuando regresé a casa de mis padrinos, las tres Gracias me esperaban con aire acusador.

—¿De dónde vienes?

—Del trabajo.

—Mentira. Hablamos por teléfono al Sindicato porque mi mamá quería que le trajeras un pastel, y nos dijeron que no habías ido a trabajar.

—¿De dónde vienes?

—Eees queee... Alfonso me invitó a su casa, porque quiere que llevemos a bautizar a su sobrino.

—¡Cómo te atreviste a ir a su casa! Una señorita decente no hace eso. ¿Qué va a pensar de ti su familia? Que eres una loca.

Con el pretexto de que tenía un ligero resfrío, esa tarde llamaron al doctor Castorena, el médico de la familia, para que me revisara y, de paso, comprobara mi doncellez. Me sentí muy humillada, pero no podía hacer nada, me tenían bajo su férula.

Días más tarde, a instancias de Graciela, dejé el trabajo en el Sindicato. Lo hacía, sobre todo, para que terminara definitivamente con Alfonso y para tenerme más controlada. Empecé a trabajar en la Casa Riojas, ubicada frente a la casa de los padrinos. Era una empresa que vendía sinfonolas y pianos Wurlitzer. Entonces las sinfonolas estaban de moda y había una en cada nevería, café, restaurante o cantina.

Antes de irme a trabajar, era mi obligación hacer el quehacer de la casa: limpiar el piso (de rodillas) y darles de comer a los pajaritos; una docena de jaulas. No sé qué odiaba más, si limpiarlos o lavar las bacinicas y escupideras que mi padrino usaba. Al regreso del trabajo me esperaba un montón de trastes sucios. También todas las mañanas iba a comprar un pedazo de papaya para mi padrino, la cual debía dejar picada en un plato sobre la mesa. En una ocasión, por las prisas, compré una algo pasada. Cuando regresé del trabajo en la tarde, Graciela me la aventó en la cara "para que, otra vez, me fijara". Siempre le gustaba hacerme bromas pesadas.

La más difícil de sobrellevar era mi madrina. Según ella, quería "enderezarme", como se lo había prometido en la tumba a su

comadre. Aunque advertía: “Árbol que nace torcido, jamás su rama endereza”. También me decía: “Indio, perro y fraile, nunca cierra puerta que abre”, cada vez que yo, por exceso de prudencia, dejaba entreabierta alguna puerta. Se sentía superior a su marido y presumía de su sangre española, pues decía que su auténtico apellido era Bataglia, sólo que lo habían castellanizado por Batalla. En contraste, mi padrino odiaba a los “gachupines”.

Desde niña, mi mamá me había acostumbrado a que les llamara “ninos” y les besara la mano y la mejilla cada vez que entraba o salía de la casa. Cuando doña Aurora estaba enojada conmigo por alguna supuesta desavenencia y me acercaba a darle el beso, retiraba la cabeza muy digna. Esa actitud siempre me dolió mucho y provocaba que me brotaran las lágrimas.

Mi padrino Alfredo, muy parecido al Gordo, de la pareja de cómicos el Gordo y el Flaco, creo que era un buen hombre; nunca me regañó ni me dijo nada. En ocasiones, de cariño me decía chatifera. Y, de niña, siempre me daba un peso de “domingo”.

Tenían una casa en Cuernavaca y casi cada fin de semana íbamos allá. Había una alberca y ahí aprendí a nadar gracias a los aventones que, “jugando” en plan pesado, me daba Graciela. Hoy se lo agradezco, porque nadar es una de las cosas que más me gustan. Nunca aprendí a andar en bicicleta ni en patines, pues por más que se los pedí a los Reyes, nunca me los trajeron. Lo que no me gustaba de ir a Cuernavaca era que no podía ver al noviecito y que siempre me ponían a hacer quehacer, pero gozaba cortando guayabas y naranjas de los árboles frutales.

VI

LUCHANDO POR MI LIBERTAD

Las cosas empeoraron para mí cuando a mi padrino ya no le iba bien en los negocios: tenía una maderería por la colonia San Simón que se quemó, luego tuvo una granja avícola cuya inversión perdió al caerle una plaga; por último, se dedicó a vender autos chocolate junto con su hijo Alfredito. Decidió vender la casa de la San Rafael y compró una en San Pedro el Chico, una colonia en “el quinto infierno”, cerca del canal del desagüe, allá por la Casas Alemán. Después de vivir enfrente del trabajo, para llegar a su casa hacía más de una hora de camino. Tenía que tomar un camión a Potrero y, de ahí, otro a San Pedro. Siempre que llegaba tarde, las “ogras” creían que andaba con alguien. Alguna vez hasta me acusaron con mi padrino, que me reprendió, aunque ellas tenían su historial y yo, por una mala entendida lealtad, me callé. Por ejemplo, Enriqueta sufría de cólicos menstruales y, dizque para atenuar el dolor, se ponía buenas guarapetas.

Al casarse Graciela, ya no tuve su apoyo, y la convivencia con mi madrina y Enriqueta cada vez fue más difícil. Una vez se escapó un pajarito, y mi madrina me acusó de que lo había hecho a propósito.

En otra ocasión nos cruzamos en la sala. Mi madrina iba a tirar la basura de un cenicero y yo, por acomodada, se lo pedí para tirarlo, pero se me cayó y se rompió.

—Lo hiciste con mala intención —me gritó—, tienes manos de lumbre.

—No, nina —le contesté lloriqueando—. Yo sólo quería ayudarla.

Entonces Enriqueta, que estaba en la planta alta, enfurecida me gritó:

—¿Qué le estás haciendo a mi mamá? Eres una grosera. ¡Debes respetarla!

—¡Dios mío!

Mi mayor sueño era salirme de esa casa, pero ¿cómo hacerlo? No tenía a dónde ir. Alquilar un departamento y vivir sola era muy mal visto. No me dejarían hacerlo. Me sentía prisionera.

Casi todos los días llegaba llorando al trabajo. Mis amigas, Aurora Aguilar y Magda Magnus, me consolaban. Un día Magda, comportándose como un ángel, me ofreció irme a vivir con su familia.

Salir de la casa de los padrinos es lo más difícil a lo que me he enfrentado en la vida, ¡y vaya que he tenido retos! ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo decirles? Una tarde, en la sobremesa, temblando, me atreví a decirle a mi padrino:

—Nino, les agradezco mucho todo lo que han hecho por mí, pero siento que ya no es posible vivir aquí porque mi nina ya no me soporta. Una amiga me ha ofrecido su casa. Ella vive con su mamá y su hermano y son personas muy decentes.

La jauría se desató. Doña Aurora y sus hijas me llenaron de epítetos:

—Ay, sí, ya no soporto estar aquí. Pobre mártir —dijo Graciela en tono burlón, imitando mis palabras—. Eres una malagradecida.

—Lo que pasa es que quieres andar de libertina. Eres una ingrata, aquí se te ha dado todo. Vas a ver que al rato vas a regresar cargando a un chamaco, pero ni creas que te vamos a recibir —dijo Enriqueta.

Llorando, me defendí diciéndoles que no, que lo que yo quería era tener libertad, estudiar una carrera, hacer otras cosas.

Mi madrina sentenció:

—La única manera de dejarte ir es que tu tía de Tabasco se haga cargo de ti. Así ya no será nuestra responsabilidad y habremos cumplido con mi comadre, que en paz descanse.

Entonces escribieron una carta lapidaria en mi contra a mi tía María. (Era hermana de mi mamá Estela.) Carmita, su hija, mandó a Ángel, su marido, por mí.

La última humillación a la que me sometieron las Salcedo, fue esculcar mi maleta para ver si no me llevaba algo, y me quitaron una foto de ellos que yo quería llevarme de recuerdo. Había sido tomada cuando cumplieron veinticinco años de casados y estaba toda la familia.

Todavía en la puerta, llorando, les supliqué que me dejaran seguir viéndolos, pero doña Aurora sentenció:

—Si das un paso fuera de esta casa, jamás podrás volver.

Y así fue: jamás volví a verlos, pero el trauma que me causó esa etapa de mi vida fue terrible. Viví cinco años con ellos, y durante casi cuarenta años, de manera recurrente, los soñaba. Aún ahora, a veces, los sueño.

Me fui a Tabasco. Allá me recibieron con los brazos abiertos y, una semana después, regresé a México, pues permanecí firme en mi decisión de irme a vivir a casa de Magda. Entonces ya tenía veintiún años; ya era mayor de edad.

En ese año Fidel Castro había libertado a Cuba y yo había conseguido mi libertad.

Durante cinco años viví con la familia Magnus, donde me dieron mucho afecto, pero sobre todo libertad. Me adoptaron como de la familia y, desde entonces, Magda y su hermana Inés son mis queridas primas y su mamá, que en paz descanse, mi tía. En ese lapso estudié la carrera de periodismo que me abrió nuevos horizontes y me dio grandes satisfacciones. Viajé y conocí gente que enriqueció mi vida personal e intelectual.

VII

PRIMER ENCUENTRO FRATERO

TERCERA BATALLA

En 1956, cuando aún vivía con los padrinos, la espina que me habían clavado aquellas desconocidas en el sepelio de mi mamá, sobre la verdad de mi origen, se removió, y decidí buscar a mis hermanos, pues me seguía sintiendo muy sola.

Tenía idea de dónde vivían porque mi mamá Estela, a veces, me llevaba a visitar “a la tía Adela”, que tenía un hijo llamado Marconi y quien, cuando yo tenía como siete años, me dijo que éramos hermanos y que yo me llamaba Mireya. Al regresar a casa se lo conté a mi mamá. Ella, naturalmente, negó todo y dijo que lo que pasaba era que nos querían separar. Por mucho tiempo no volvimos a aquella casa, hasta que mi hermana Tere cumplió quince años y pidió —como más tarde me lo reveló— como único regalo, que me llevaran a su casa. Recuerdo que vestía un vaporoso vestido lila. En cuanto llegué, me presentó a todas sus amigas como su hermanita Mireya. También estaba Marconi. Después de la fiesta, de regreso a casa, otra vez interrogué a mi mamá sobre lo que me había dicho Tere. Ella lo volvió a negar. Pobrecita, pensaba que si yo sabía la verdad, la abandonaría, aunque yo le asegurara que no. Entonces tendría doce o trece años.

Cuando decidí buscarlos, recordaba que para ir a su casa abordábamos, a unas cuadras de la casa, creo que en Covarrubias, un camión de color verde de la ruta “Penitenciaría” no sé cuántos. La

tía Adela vivía con su familia en una colonia donde todas las casas eran iguales: de un piso y con un porche al frente. Más tarde supe que la colonia se llamaba La Michoacana, muy cerca de la colonia Morelos, y que esas casas se las había dado Lázaro Cárdenas a los maestros. La tía Adela Osorio (la similitud del apellido con el de mi mamá Estela es una coincidencia) era maestra y perteneció a las huestes que fueron a alfabetizar por todos los rumbos del país.

Un día que no hubo suplencias en el Sindicato Ferrocarrilero, me lancé a buscarlos. Tomé el dichoso camión verde y di con las casitas todas iguales. Empecé a caminar y pregunté a unas muchachas si sabían dónde vivía Teresa Osorio. Me dijeron: “Ahí enfrente”. Toqué y me abrió una joven tan parecida a mí que parecía que me reflejaba en un espejo. Gritó: “Hermanita”, y nos fundimos en un abrazo. Aún me emociono al recordarlo, aunque han pasado más de cincuenta años.

Tuve suerte de encontrarla, pues estaba de paso. Ya estaba casada, tenía una niña —Blanca— y estaba esperando otro bebé. Me dijo que en la esquina vivía Marconi. La tía Adela me recibió con mucho cariño y me dijo que pronto regresaría mi hermano de la escuela. Media hora después, llegó. Era un muchacho alto, flaco y muy guapo. Lo que más me llamó la atención fue su prominente manzana. Nos fundimos en un abrazo.

Mis hermanos, dos y tres años más grandes que yo, sí sabían la verdad de su origen y quiénes habían sido nuestros padres. A Tere la había adoptado un hermano de la tía Adela y no le fue tan bien como a mí y a Marconi, porque las personas que la recogieron eran ignorantes y de malos sentimientos. Para peor mala suerte, cinco años después de vivir a su lado tuvieron sus propios hijos, y por eso y su innata rebeldía, sufrió de maltrato de manera constante.

Después de tanta alegría por haber hallado a mis hermanos, el problema fue cómo decirles a mis padrinos del encuentro. Pecando de ingenuidad —tenía dieciocho años—, cuando llegué a la casa les

conté que, casualmente, me los había encontrado en la calle, pues no me atrevía a decirles que los había ido a buscar. Se burlaron de mí como acostumbraban: “¡Ay sí, caminando en la calle, te dijeron: ‘Hola, soy tu hermano’”.

Entonces tuve que confesar la verdad y recibí una tremenda regañada. Le pregunté a mi madrina si sabía sobre mi origen, y que me lo dijera, que no por eso iba a dejar de querer a mi mamá que tanto se había sacrificado por mí, etcétera, etcétera. Ella negó todo y dijo que no iba a traicionar el secreto de su comadre, y que yo era una hija malagradecida. Y se opusieron a que volviera a ver a mis hermanos.

Un día que la tía Adela y Marconi me fueron a visitar, Graciela y Enriqueta no me dejaron bajar a saludarlos y mandaron decir que no estaba. Me sentí frustrada, pero no tuve el valor para oponerme. Era inmadura y en verdad creía que traicionaba la memoria de mi madre.

Por esa época los parientes de Tabasco me invitaron a pasar una temporada con ellos. Me fui. Por un tiempo me escribí con mi hermana Tere, que se había ido a radicar a Guadalajara; luego les perdí la pista.

Volví a México, pero ya no hice el intento de buscar a mis hermanos porque, absurdamente, temía que alguien se opusiera; además, estaba muy involucrada en amores, trabajo y estudios. En 1965 me casé.

VIII

SEGUNDO Y DEFINITIVO ENCUENTRO

UN TRIUNFO

De aquel primer encuentro con mis hermanos pasaron diez años. En 1966 ya había nacido mi primera hija, y una querida amiga, Pilar López, que conocía la historia de mi vida, me animó a indagar sobre el paradero de mis hermanos. A pesar de los años transcurridos, y por increíble que parezca, los hallé.

Con mi hija Nazaret en brazos y en compañía de mi amiga Pilar, volví a hacer el recorrido en el camioncito de color verde. Llegué a las casitas iguales y comencé a preguntar: "¿Dónde vive la maestra Adela Osorio?" Consideré que ella sería más conocida en el rumbo. En la primera manzana de casas nadie me supo dar razón y me sentí desesperanzada, pero alguien me dijo que después de una escuela había otro grupo de casas del mismo tipo.

Cruzamos la escuela y repetí la pregunta: "¿Dónde vive la maestra Adela Osorio?" Una vecina me dijo: "Ella ya murió, pero su hermana vive en la esquina". Me dio un vuelco el corazón. Toqué en la casa indicada, en cuyo frente había un pequeño jardín. Me abrió una señora muy parecida a la tía Adela. Balbuceé algo así como: "Soy Elsa, soy Mireya... la hermana de Marconi".

Con gran alegría, la tía Sarita me hizo pasar a la sala. Me dijo que Marconi se había casado, tenía un niño y vivía ahí junto; que él se había ido al club, pero que pronto regresaría.

Otra vez el encuentro fue memorable. Marconi me dijo que Teresa ya vivía en México, en el multifamiliar Juárez. Tenía cinco hijos y estaba divorciada. El domingo siguiente, en una reunión que organizó Marconi, volví a ver a Tere. Desde entonces los hermanos no nos hemos vuelto a separar.

A retazos, a lo largo de interminables charlas, me fueron revelando la verdad de nuestro origen y quiénes habían sido nuestros padres: Marcos Muñoz y Concha Serrano, y toda la tragedia. Por mi parte, a través de los años investigué y encontré actas de nacimiento, fotografías y documentos que me dieron las tías Eve y Julia, cuya historia más tarde contaré.

IX

LOS GUAPOS MUÑOZ

Mi padre biológico, Marcos Muñoz, nació en los Altos de Jalisco a fines del siglo XIX. Era un hombre muy bien parecido, según lo constaté después en fotos que conseguí. Medía 1.90 de estatura, tenía el pelo castaño y ondulado, y los ojos azules. Sus padres fueron Alejandra y Porfirio, quienes tuvieron seis hijos. La familia tenía un rancho en San Miguel el Alto, pero un día Marcos, que era el líder de la familia, decidió que todos se fueran a probar fortuna a Puerto México (hoy Coatzacoalcos), donde se planeaba hacer el canal de Tehuantepec, que comunicaría el océano Pacífico con el golfo de México.

“El porvenir está en Puerto México, mamá. Aquí, en San Miguelito, no hay nada que hacer —decía—. Mire, papá, aquí se hará el canal de Tehuantepec. Por él pasarán las mercancías del Golfo de México a Salina Cruz, Oaxaca. Pondremos una tienda de granos y nos haremos ricos”, decía Marcos extendiendo un mapa de aquel fabuloso plan que abriría la comunicación entre los dos mares y que los estadounidenses planeaban construir en la parte más delgada de la República mexicana.

—Pero, hijo, qué vamos a hacer tan lejos. Aquí hemos vivido siempre, y luego nuestras tierras... —preguntaba el abuelo Porfirio.

—Las vendemos, papá, y con eso abrimos la tienda allá.

A fuerza de porfiar, Marcos convenció a su familia de que la riqueza estaba en el sureste. Y allá se fueron todos, menos el mayor, Andrés, que se había casado y se quedó en San Miguel el

Alto. Partieron la bella Atanasia, apenas adolescente; Tomás; Marcelino; Asunción y su joven mujer, Cecilia, que llevaba en brazos a Aniceto. En Puerto México nacieron Rosa, Julia y Eve. Cruzar la República desde Jalisco no fue fácil. De San Miguel se fueron a lomo de mula a Ocotlán, y de ahí abordaron el tren a la ciudad de México. Luego tomaron otro tren a Veracruz, y de ahí se trasladaron en barco a Puerto México, pues no había otro modo de llegar. La travesía duró casi un mes. Cecilia, la esposa de Asunción, sufrió mareos todo el tiempo.

En Puerto México, Marcos abrió una gran tienda. Se llamó La Casa de las Siete Puertas. Estaba en una esquina y ocupaba casi la cuadra entera. Vendían granos, aceite, jabón. Marcos trataba a toda la familia con férrea disciplina y nadie se podía rebelar.

El negocio al principio fue bien, pero luego —como muchas de las cosas que pasan en México— el plan para hacer el canal sólo se quedó en papel, pues los norteamericanos encontraron mejores opciones para construirlo en Panamá. La Casa de las Siete Puertas empezó a languidecer y, finalmente, fue desmantelada. Como Marcos nunca se daba por vencido, decidió regresar a la ciudad de México para emprender otro nuevo negocio. El único que no los siguió fue Tomás, que en Puerto México se casó, y esa rama de la familia se perdió allá.

En la capital se instalaron en la Villa de Guadalupe, en la calle de Iturbide, frente al jardín Hidalgo, casi al pie del cerro del Tepeyac. El nuevo negocio que emprendió Marcos fue la apicultura: “Con eso sí nos vamos a hacer ricos”, decía. En el patio de la casa instaló las colmenas y puso a toda la familia a cuidarlas, pero no tuvo el éxito que esperaba. Luego compró vacas Herford, y tampoco le resultó. Entonces se dedicó a la compra-venta de loza que traía de Guadalajara.

Más tarde instaló una tienda de abarrotes. Ahí conoció a Concha Serrano —mi madre biológica—, veinticinco años más joven.

X

LA HISTORIA DE LOS SERRANO

Don José María Serrano, mi abuelo materno original, era sastre. En los días de la Decena Trágica, mi madre Conchita tenía seis años y acompañaba a su padre a dejar un traje cuando una bala perdida lo mató a las puertas de la casa. La niña nunca lo olvidó. Quizás eso, y muchas otras cosas que sufrió, influyeron en su psique.

Los Serrano eran tres: Conchita, Francisco y Eduardo. Los varones pertenecían a la milicia. Francisco Serrano tenía el rango de coronel y fue jefe de la policía del Estado de México. Se preciaba de ser amigo del general Francisco R. Serrano, quien le decía tocayo. Cuando en 1927 éste se lanzó como candidato a la Presidencia por el Partido Antirreleccionista y contendió contra Obregón, mi tío lo apoyó y se indignó cuando se enteró de su muerte en Huitzilac, donde, según lo consigna la historia, fue fusilado junto con algunos acompañantes.

El tío Francisco también murió trágicamente en el bar El Consulado cuando discutía la muerte de su tocayo:

—Los mataron a mansalva por órdenes del jefe máximo —decía.

De las sombras salió un hombre que sacó una pistola y le disparó a quemarropa.

—A mi general no lo vas a acusar así nomás. ¡Defiéndete, cabrón!

Llevaron a Francisco a casa de mi abuela con un tiro en el pecho. Concha sufrió una enorme impresión.

Cuentan que su hermano Eduardo, quien también pertenecía a la aviación militar, con el rango de coronel, no permitió que nadie atendiera a su hermano. Muchos días lo tuvo encerrado en su habitación. Sólo se oían los lamentos del herido. Dicen que Francisco tenía muchas propiedades que había obtenido al “amparo” de la Revolución. Eduardo era muy ambicioso y obligó a su hermano moribundo a dejarlo como beneficiario de todos sus bienes.

El día que murió Francisco, Eloísa, su mujer, irrumpió en el sepelio seguida de sus cuatro hijos profiriendo amenazas: “No es posible que Pancho me haya dejado desamparada a mí y a sus hijos. Eso es cosa de ustedes, porque nunca me quisieron, pues nunca me consideraron de ‘su clase’. Pero esto no se va a quedar así. Juro que me vengaré. De hoy en adelante no van a tener un momento de sosiego”.

Eduardo ni se inmutó. Doña Petra, mi abuela, se concretó a rezar, pero a Concha le dieron miedo las amenazas de aquella mujer, pues tenía fama de “bruja”.

No había pasado el novenario, cuando empezaron a llegar cartas que alguien tiraba por la ventana o deslizaba debajo de la puerta.

—Mira, mamá, ya llegó otro anónimo. Dice que alguno de nosotros muy pronto va a morir —decía Concha, acongojada—. ¿Viste la cruz de ceniza en la puerta y los ramos de pirú? Eso es brujería, mamá; esa mujer nos quiere hacer daño. El otro día había en la puerta un muñeco con alfileres. Hoy, un gato muerto. No lo aguanto, mamá, me va volver loca.

—No te preocupes, hija —le dijo doña Petra— voy a llamar al padre Juan para que bendiga la casa.

La casa se bendijo, pero no sirvió de nada. Concha empezó a tener pesadillas. Siempre el mismo sueño recurrente: una casa muy grande, con muchas puertas, pero ella no encontraba la salida. En la oscuridad, alguien la acechaba. A veces eran largas escaleras que subía y bajaba corriendo sin jamás llegar a ningún lado. Tras de

ella, algo indefinible la acosaba. Despertaba sobresaltada y sudorosa con una angustia terrible.

Doña Petra ya no sabía cómo calmarla.

—Llévela con la madre Encarnita —le recomendó una vecina. Es muy buena curandera, vive por Peralvillo. A la hija de doña Chole, que sufría de espantos y le daban convulsiones, la curó.

A Concha le hicieron limpias, le dieron muchos remedios, pero nada le quitó la angustia. Sentía que un lobo hambriento le carcomía las entrañas.

EL AMOR SE FUE EN CARRETELA

Por esa época Conchita conoció a Rodolfo Senderos, cuya trágica relación contribuyó más a su depresión. Lo conoció en una fiesta en casa de Adela Osorio, su amiga de toda la vida. Vivían en el centro, en la calle de Jesús María. Adela era alta, blanca, de ojos pequeños y vivaces, y ademanes rotundos. Maestra normalista, participó en las jornadas culturales instauradas por el ministro de Educación, José Vasconcelos. Líder nata de sus siete hermanos, era el contraste con su amiga Conchita: bajita, de profundos ojos negros, tímida, introvertida.

Seguido había tertulias en casa de Adela. Aquella noche, como siempre, Adela, quien tenía una linda voz de soprano, fue solicitada para que cantara *Mujer perjura*. Concha la acompañaba tocando la mandolina.

Tras los vítores de los invitados, Rodolfo Senderos, delgado, acicalado, de bigote recortado y sombrero de carrete, se acercó a Concha:

—Qué bonito toca.

Concha, roja hasta la raíz del cabello, murmuró:

—Gracias.

Alguien puso música en la vitrola y Rodolfo, solícito, se dirigió a Conchita:

—¿Quiere bailar?

Senderos, hablantín, le contó a la joven que era de Morelia, que acababa de entrar a la Facultad de Leyes y que provenía de una familia modesta. En la ciudad de México vivía en la Casa del Estudiante, por el Carmen. Manuel, hermano de Adela, lo había invitado a la fiesta.

—Me sentía perdido entre tanta gente que no conozco, pero al verla, todo cambió. ¿Usted no cree en el destino? Pues yo creo que esta noche estaba predestinada para que nos encontráramos. Me encanta su fragilidad, su delicadeza.

Concha apenas murmuraba monosílabos, se sentía fascinada en los brazos de aquel hombre. Le parecía que era el muchacho más guapo de la fiesta, con sus ojos verdes y sus largas y negras pestañas. Mientras le hablaba, su aliento rozaba su mejilla y ella sentía que un cosquilleo recorría su cuerpo.

En el reloj de pared dieron las once de la noche y Concha se sobresaltó:

—Ya es tarde, debo regresar a mi casa —dijo.

—Permítame acompañarla, no es conveniente que una muchacha tan linda como usted, ande sola a estas horas.

—No se moleste, vivo aquí cerquita.

—No importa, se la pueden robar —dijo Rodolfo juguetón—, y luego, ¿qué haría yo?

Concha se acercó a Adela, siempre rodeada de jóvenes ávidos de escuchar su chispeante plática, y le dijo que tenía que irse a su casa, si no, su mamá la regañaría. Adela, al ver a su tímida amiga acompañada del galancete, le hizo un guiño y, acercándose, le dijo al oído:

—Mira con la mosquita muerta... Está guapetón, ¿eh?

Concha volvió a enrojecer y, con una sonrisa desvalida, le dijo adiós con la mano.

Rodolfo la tomó del brazo y caminaron muy juntos.

—Mira cómo brilla la luna y une nuestras siluetas; así estaremos siempre —le decía Rodolfo apretándole el brazo.

Ella no contestaba. Sentía en las sienes los latidos de su corazón. Al llegar al zaguán de su casa, Rodolfo la empujó suavemente hacia la oscuridad, se inclinó y la besó en la boca. Ella sintió un estremecimiento; nunca antes la habían besado. Su reacción fue de alborozo, pero también de miedo y, zafándose de sus brazos, se metió a su casa corriendo. Lo primero que hizo fue algo muy tonto: se miró en el espejo del tocador a ver si se le veía el beso.

Doña Petra entró al cuarto y le preguntó:

—¿Por qué llegas tan tarde? ¿No te acompañó nadie? ¿Qué te pasa? Estás muy sonrojada.

—Es que me vine corriendo —mintió Concha poniéndose más roja.

Para cambiar de tema preguntó a su mamá:

—¿Francisco no ha llegado? Él había quedado de pasar por mí.

Al día siguiente, Concha no apartaba ni un momento de su mente la cara de Rodolfo. Una y otra vez revivía los instantes que pasaron juntos. Se asomaba a la ventana con la esperanza de verlo pasar, pero nada. El domingo siguiente, Adela y sus hermanos organizaron un día de campo a La Marquesa. Concha fue con la esperanza de ver a Rodolfo, y ahí estaba, con esa sonrisa un poco burlona.

Caminando muy juntos, él le platicó de sus ansias de ser, de lo que haría cuando se recibiera de abogado. Al llegar a un paraje, Rodolfo la apartó del grupo y, en un instante, la jaló hacia él y la empezó a besar y a acariciar. Sus manos ansiosas hurgaron dentro de su blusa. Ella sabía que eso no estaba bien. Una muchacha decente no debía permitirlo, pero no podía evitarlo.

Su hermano Francisco también había ido al día de campo. Al no ver a Concha con los demás, la buscó, y en un recodo la descubrió. Ella se apartó rápidamente de Rodolfo y corrió hacia

Francisco, pero él la rechazó y, furioso, le espetó a Rodolfo: "Si vuelves a tocar a mi hermana, te mato".

Después de ese incidente, Rodolfo y Concha se veían a escondidas, cuando ella salía por el pan. Una noche Francisco los descubrió y, junto con sus amigos de la policía, le dieron una golpiza a Rodolfo. Éste quedó mal herido y pensó seriamente si valía la pena seguir con Concha. Aprovechando las vacaciones de Semana Santa se fue con su familia a Morelia. Al principio le mandaba encendidas cartas de amor a casa de Adela. Concha sentía que no podía vivir sin él y se pasaba las noches escribiéndole como una posesa. Rodolfo empezó a sentir un poco de fastidio, y sus cartas, al principio tiernas, empezaron a hacerse más breves, poniendo como pretexto sus exámenes. Un día, quizá como venganza por el agravio que le hizo el hermano, le mandó un aviso urgente: "Concha, te propongo que huyamos juntos, después nos casaremos. Prepárate, esta noche paso por ti".

Lo esperó toda la noche. Al día siguiente seguía en la ventana cuando pasó una carretela. No podía creer lo que veían sus ojos: en ella iba Rodolfo y una mujer vestida de novia.

Según le contaba después la tía Adelita a mi hermana Tere, luego de que Rodolfo la abandonó, Concha entró en un desvarío. Por varios días no habló, se negó a comer, a bañarse. Se pasaba las horas frente a la ventana sin hablar, sin moverse. La llevaron con el doctor y éste les dijo que Concha era una muchacha muy sensible, que el golpe emocional había sido demasiado fuerte para su débil mente. Y luego, todo lo que había pasado: la muerte trágica de su padre en la Revolución, el asesinato de su hermano Francisco, las maldades de aquella mujer...

XI

UN DESAFORTUNADO AMOR

Pasaron algunos años, y Concha se negaba a salir de la casa. Por horas se quedaba ahí sentada, en una silla, sin hacer nada, alestargada, casi en estado catatónico. A tantos ruegos, un día doña Petra logró que Concha la acompañara al mandado, y ese día fue al encuentro de su destino.

Aunque pasaba la media centuria, se notaba todavía la apostura de Marcos Muñoz. Hacía poco que había abierto la tienda de abarrotes, muy cerca del mercado Abelardo Rodríguez.

Quién sabe qué le gustó de Conchita, que por entonces tendría unos veintiocho años. Parecía una mujer frágil, con cierto aire de ausencia; su pelo era ensortijado y sus hundidos ojos, oscuros.

Se casaron a principios de los años treinta del siglo pasado. La primera desilusión de Concha fue que no se casaron por la iglesia, porque Marcos se preciaba de ser "librepensador" y no creía en esas cosas. Doña Petra, mi abuela, murió poco después.

Según contaba la tía Adela, Marcos y Conchita se chasquearon mutuamente, pues ninguno de los dos tenía el dinero que aparentaba tener.

Un error fue llevarla a la casa donde vivía con sus hermanos Marcelino y Asunción, y sus sobrinos Rosa, Aniceto, Julia y Eve, quienes también sufrieron una tragedia, según me contaron años después. Su padre Asunción, por celos, provocó que su madre se ahorcara. Ellos presenciaron la escena y hasta tuvieron que ir al juzgado a declarar.

XII

LA HISTORIA DE EVE Y JULIA

Y SUS BATALLAS

Tere, mi hermana, en una ocasión me contó que todavía existía una rama de los Muñoz: las tías Eve y Julia, que en realidad eran primas, treinta años mayores que nosotros. Ellas seguían viviendo en la casa que había sido de don Marcos. Allá por el rumbo de la Villa. Le pedí a Tere que me diera la dirección, pues las quería conocer y escarbar más sobre mi pasado; sin embargo, al parecer, ellas se negaban a que las visitara.

Como a mí me mataba la curiosidad, un día, por 1978, cargando con mis tres hijos que aún estaban pequeños y armándome de valor, me presenté en la casa de las tías. Toqué el portón y una señora bajita, de pelo totalmente blanco y lentes oscuros, me abrió. Balbuceando le dije quién era:

—Soy Mireya... hermana de Tere, hija de Marcos...

No sé qué tanto dije.

Ella, molesta, me espetó:

—¿Qué vienes a hacer aquí? Aquí no hay nada tuyo... Pero, en fin, ya que estás aquí, pasa... (Ésa era Eve, en realidad se llamaba Severa, un nombre muy adecuado a su personalidad. Había adoptado el nombre de Eve, la musa del canto).

Julia era el contraste de Eve: alta, de pelo rizado y cano, y mucho más suave y dulce que su hermana.

Julia nos hizo pasar a la sala.

La casa tenía gruesos muros de adobe y ventanas enrejadas que daban a la calle. Los muebles estaban en estado ruinoso: una sala estilo imperio, una mesita de centro, un gran ropero con luna y estantes con muchos, muchos libros. Las paredes estaban forradas con grandes mapas. Eve de inmediato sacó del ropero unos papeles y me enseñó unas escrituras donde se asentaba que le habían comprado la casa a mi papá.

—Yo no vengo por eso —le dije—, lo único que me importa es conocer sobre mi origen.

—No debes hurgar en el pasado porque podría resultarte muy doloroso —me contestó Eve.

Finalmente me aceptaron y, desde ese día, las visité con frecuencia. Poco a poco me fueron contando su vida y su versión de lo que había pasado con Concha y Marcos. Creo que me llegaron a querer; las traté hasta su muerte, unos años más tarde.

Eve y Julia estaban muy amargadas. Al parecer, habían tenido una vida muy difícil por la tragedia que habían sufrido. Su padre, Asunción, luego de la muerte de su mujer, se dio a la borrachera, por lo que su tío Marcos se hizo cargo de ellos, pero fue muy severo.

Don Marcos inició muchos negocios, pero parece que nada le resultó. Instaló unas colmenas en el patio de la casa y Aniceto —hermano de Eve y Julia— debía sacar la miel, aunque apenas era un mocoso. A veces las abejas le picaban, y el tío en vez de curarlo lo regañaba por haberse dejado picar.

Luego compró unas vacas Herford. Aniceto y sus hermanas debían ordeñarlas tempranito y luego ir a repartir la leche a las casas vecinas. Les estaba prohibido tomar un solo trago de la misma, pero sí debían llevarle al tío, a la cama, un tazón con la primera ordeña.

Apenas terminó Aniceto la primaria, el tío se lo llevó a Monterrey, donde, en uno de sus locos proyectos, puso un expendio de loza. Luego sacó a Julia de la escuela y también se la llevó para

que le ayudara a hacer las cuentas. Eve, como era la más chica, se quedó en México. Los hermanos tenían que hacer los pedidos, llenar las cajas de loza y luego cargar los camiones. Era un trabajo extenuante. Mientras, Marcos —decían— se la pasaba feliz con Aurora, su primera esposa, a quien adoraba, pero la mujer no aguantó la vida en Monterrey, y un día lo abandonó. Quería vivir bien, tener lujos, pero no contaba con la tacañería de don Marcos.

El hombre ya no fue el mismo. Se volvió más hosco, retraído y más duro con los sobrinos, como si ellos tuvieran la culpa de lo sucedido. Un día, a Aniceto se le cayó una caja de loza y se rompieron varias piezas. Marcos sacó la cuarta y quiso castigarlo, pero éste se le escapó. Aniceto entonces tendría catorce años. Primero se empleó en el ferrocarril del sudeste y luego llegó a Tampico a trabajar en los campos petroleros. Marcos lo buscó y lo acusó ante las autoridades. Como era menor de edad, lo obligaron a volver, pero el muchacho, en cuanto pudo, volvió a escapar. Se fue de bracero a Estados Unidos, y allá permaneció por algunos años.

Rosa, Eve y Julia se alegraron de que se hubiera liberado del tirano tío. Rosa, a los catorce años, también decidió irse. Las monjas del colegio donde estudiaba la convencieron para que entrara al convento. “Fue lo mejor que pudo haber hecho —dijo Eve—; esta casa era un infierno.”

XIII

LOS MUÑOZ Y LA REVOLUCIÓN

En los años en que las diferentes facciones revolucionarias se peleaban el país, todavía vivían el abuelo Porfirio y la abuela Alejandra. Julia y Eve contaban que, como la casa estaba cercana a las vías del ferrocarril a Pachuca, los revolucionarios de uno y otro bando siempre tomaban la casa de los Muñoz como cuartel.

La casa era de gruesas paredes de adobe con grandes ventanas enrejadas y un grueso portón. Los cuartos se distribuían alrededor de un patio con arcos. En medio, había una fuente de donde tomaban el agua. En la huerta había muchos árboles frutales. Estaba alejada del centro de la ciudad, y había muy pocas casas. Julia, ya mayor, bromeaba diciendo que los Muñoz eran de las primeras familias de México, pero entrando por Pachuca.

En aquella época, para los niños Muñoz, aunque huérfanos, todo era diversión. Les gustaba corretear a los gatos que, por manadas, llegaban del entonces lejano centro de la ciudad, espantados por el tiroteo de la Decena Trágica. También iban a la cercana calzada de Guadalupe a ver a las familias que, en caravana, llegaban a refugiarse con parientes por los disturbios de la capital.

Aniceto, por ser varón y el mayor, era quien organizaba las travesuras. Le gustaba hacer “infiernitos” para espanto de sus hermanas. Recogía los casquillos vacíos que tiraban por ahí los soldados, les sacaba los residuos de pólvora y hacía con ellos un montoncito. Ponía encima los casquillos y les prendía fuego. Los casquillos, con fuerte estruendo, volaban por todas partes. Una

vez, uno de ellos le perforó el pie a Aniceto. La abuela Alejandra lo curó, pero por poco se queda cojo.

Un día, junto con un batallón al mando de un capitán de apellido Negrete llegó una recua de mulas que cargaba barriles de pulque. Aniceto, sin que lo vieran, le hizo un hoyo a un barril, que luego tapó con cera. A hurtadillas le quitaba el tapón, tomaba un traguito de pulque y les daba a sus hermanas, las cuales se pasaban el día risa y risa. El capitán los descubrió y mandó tirar el líquido a una acequia cercana. Los vecinos se dieron cuenta del hallazgo y corrían a recoger el pulque en ollas y jarros, y algunos de plano se tiraban de panza sobre la acequia a libarlo.

Al dejar Carranza la silla presidencial, se llevó consigo el tesoro de la nación en doblones y monedas de oro, pero el tren donde lo transportaba se descarriló en la salida rumbo a Pachuca, al ser atacado por la facción contraria. Desde la azotea de la casa, Aniceto y sus hermanas veían cómo la gente, en ollas, cubetas y en lo que podían, acarreaba el oro. Los niños también intentaron traer algo, pero el abuelo Porfirio se lo impidió: era peligroso. Las balas silbaban por doquier y la gente quedaba tirada ahí, en el campo, con un tiro en la cabeza, pero sin soltar su tesoro. Algunos cavaban un hoyo junto a un árbol como señal, enterraban el oro con el propósito de rescatarlo más tarde y regresaban al tren en busca de más, pero la muerte los sorprendía en el intento. Años más tarde, algunos afortunados vecinos encontraron aquellos entierros, y de la noche a la mañana se convirtieron en millonarios. Los Muñoz no.

Una tarde por poco fusilan al abuelo Porfirio. Las soldaderas con sus críos se acomodaban como podían en los cuartos de la casa, y ahí mismo hacían fuego para preparar la comida a sus hombres. El abuelo reprendió a una de ellas porque la sorprendió arrancando las duelas del piso para atizar el fogón. La mujer se fue a quejar con un sargento, quien mandó prender al abuelo y, tras un juicio sumario, lo paró frente a un pelotón para fusilarlo. En ese

momento, afortunadamente, llegó el capitán que los comandaba y detuvo el fusilamiento.

—¿Cómo es posible —dijo— que, tras que ocupamos su casa y se la destruimos, todavía lo vamos a matar?

El abuelo en esa ocasión salvó la vida. Años más tarde murió de tifo.

Con esta acción, el capitán Antonio Negrete se hizo amigo de la familia y se prendó de la bella Atanasia, prototipo de las alteñas: rubia, alta, de ojos verdes y facciones armoniosas. Atanasia tenía cuatro celosos guardianes: sus hermanos, pero sobre todo Marcos, que se sentía el líder de la familia. Cuando se dieron cuenta de que el capitán enamoraba a Atanasia, no les pareció, y Marcos lo despidió de mal talante. Atanasia sólo podía ver al capitán Negrete en las noches tras la reja de la ventana, o furtivamente, cuando iba a misa a la cercana iglesia del Pocito. A veces recibía, a hurtadillas, encendidas misivas y algún ramito de nomeolvides que guardaba celosamente en las páginas de un libro.

Meses más tarde trasladaron al capitán Negrete al norte del país y, por un tiempo, Atanasia recibió hermosas cartas de amor colmadas de promesas. Luego, el silencio... Tres años más tarde regresó el capitán, buscó a Atanasia y venció la resistencia de los hermanos. Ya podía entrar a la casa a visitarla, pero siempre bajo la estricta mirada de su madre que, aunque repasaba las cuentas de su rosario, no dejaba de observarlos.

Fijaron la fecha para casarse. Empezaron a correr las amonestaciones, y Atanasia bordaba su albo vestido de novia. Una semana antes de la ceremonia, alguien le dijo que el capitán Negrete se había casado en Los Mochis y que hasta un hijo tenía. Esa tarde, cuando Negrete llegó a visitarla, ella le reclamó su traición y, aunque lo negó todo, Atanasia no le creyó. Se quitó el anillo de compromiso y lo tiró en la coladera del patio. Luego hizo una hoguera con las cartas que el capitán le había enviado y que ella guardaba amarradas con un listón azul. Jamás volvió a ver a Negrete ni

a fijarse en ningún otro hombre. Al parecer, con las cartas había quemado su corazón, porque se volvió dura, seca, amargada, y volcaba todo su rencor contra sus sobrinas:

“Mamá, ¿por qué las consientes? No se merecen nada. Por lo que hizo su madre, están en pecado mortal.” “Julia, bájale el dobladillo a esa falda. Mira cómo andas, enseñando las piernas, pareces mujer de la calle.” “¿Cómo te atreves a cortarte el pelo, Severa! Ya no hay pudor.”

UN VIAJE AL NORTE

Cuando crecieron, Eve empezó a trabajar en una mercería y Julia en una tienda; Rosa ya se había ido al convento. Las muchachas se hicieron amigas de los Landázuri. Mario se inclinaba por Julia, pero ella lo rechazaba. Siempre fue tímida por lo que había vivido de niña; todo le daba miedo y temía, según ella, que se enteraran de su “horrendo pasado”. Mario Landázuri más tarde fue implicado en el atentado contra el presidente Obregón.

Las hermanas trabajaron después en un taller de costura; ambas sabían bordar y coser primorosamente. Ganaban un peso a la semana y, a la hora de la comida, se iban a sentar en una banca de la alameda de Santa María a comer alguna fruta, pero a veces era tal su hambre, que se comían hasta las cáscaras del plátano (según me contaron después).

Lo que querían era ahorrar para irse a ver a su hermana Rosa, la monja, a la que habían trasladado a Los Ángeles. Ahorraban hasta el último centavo y lo escondían en un hoyo en la pared, atrás del retrato de sus padres. Unos meses antes la abuela había muerto y ya nada las ataba a esa casa. Cuando tuvieron el dinero suficiente, se lo comunicaron, con mucho temor, al tío Marcos. Pensaban que las iba a regañar, pero se portó magnánimo y las dejó ir.

Un luminoso día de abril, ataviadas con abrigo, sombrero y guantes, y con sus maletas de viaje, se fueron a la estación Buenavista a tomar el tren que las llevaría a la frontera y luego a Los Ángeles.

En Los Ángeles se hospedaron en el primer hotel que encontraron, cercano a la estación. Luego, en un taxi, se fueron a buscar a la monja. Ésta las recibió con mucho cariño, pero su austera disciplina no le permitía estar mucho tiempo con ellas y las despidió pronto.

Cuando regresaron al hotel, una paisana, que atendía una tabaquería enfrente del hotel, les dijo que no era posible que unas señoritas decentes se hospedaran en ese hotel de mala nota. Las hermanas se espantaron, y la mujer les aconsejó que fueran a pedir ayuda al Consulado mexicano. El cónsul las recibió amablemente y luego que le contaron su problema, él mismo se comprometió a buscarles trabajo.

Instaló a Julia como institutriz de sus propios hijos. El hombre se había quedado gratamente impresionado de la belleza de la muchacha: alta, esbelta, de rostro anguloso que le daba un ligero parecido con la actriz, por entonces de moda, Ava Gardner. A Eve le consiguió trabajo en una fábrica.

Por un tiempo, las hermanas vivieron sin sobresaltos, pero un día Eve, al atravesar una calle, fue atropellada por un auto. Le avisaron a Julia en el trabajo y la fue a ver al hospital. Ahí le dijeron que Eve había sufrido una fractura en la cabeza y que quizá no quedaría bien. La mujer tuvo que ser internada en un sanatorio para enfermos mentales. Julia renunció al trabajo de institutriz para trabajar en un taller de costura y estar más cerca de su hermana. En el fondo lo hizo porque se sentía incómoda con las atenciones del cónsul, que no le disgustaban, pero como el hombre era casado y ella era una señorita decente, era impensable cualquier acercamiento.

Julia cosía la ropa de las modelos de una tienda muy importante de Los Ángeles. En una ocasión en que había faltado una modelo,

el encargado le pidió que ella modelara. Julia me contaba años después que pudo haber hecho carrera como modelo, pero su extrema timidez se lo impidió.

Corría el año de 1929. La depresión hizo su aparición en Estados Unidos. Los empleos escasearon, y Julia y Eve, que ya estaba casi repuesta de su enfermedad, decidieron regresar a México. En todo el tiempo que permanecieron en Estados Unidos no dejaron de mandar dinero para el vicio de su padre. Poco después de que ellas regresaron murió de cirrosis hepática.

“¿Sabes qué, hermana?, le dijo un día Julia a Eve, voy a estudiar medicina.” Como apenas había terminado la primaria, hizo la secundaria y la preparatoria en escuelas nocturnas, y entró como aprendiz de enfermera en el Hospital General. Trabajó arduamente en las secciones de tuberculosos, de cancerosos y en cardiología. Era muy trabajadora y empeñosa, jamás se quejaba por hacer guardias extenuantes, y año con año se sacaba la medalla como la mejor enfermera de su clase. No continuó sus estudios de medicina porque su opacado carácter no le ayudó.

Mientras tanto, Eve se dedicó a coser ajeno y a poner inyecciones. Por ese tiempo conoció a David Cienfuegos, militar retirado. Un día Eve dejó una carta de despedida: “Me voy con David, porque es el hombre de mi vida”. El escándalo fue mayúsculo. En la casa el tío Marcos prohibió que se pronunciara su nombre, pero Julia siempre la veía a escondidas.

Eve y David legalizaron su unión años más tarde. Ambos tenían una afición común: el ajedrez. Podían pasarse horas jugando, aunque no hubiera comida caliente. Eve, sin embargo, siempre se las ingeniaba para que todo en su casa estuviera en orden, porque su lema era: “¡Dios y hombre!” No tuvieron hijos. Ella decía: “A las mulas, Dios no les da hijos”, mofándose de ella misma. Su marido era simpatizante del general Almazán. En la tienda que tenían se hacían juntas secretas y se repartía propaganda. En una visita del general Almazán a la Villa, Eve se prendió del brazo del candidato

y recorrió las calles con él. En la noche llegó la policía a arrestarlos a ella y a su marido “por disidentes”. Pasaron quince días en la cárcel. Julia todos los días les llevaba de comer, pero Eve ya se había hecho amiga del carcelero y era para ella el primer pan y el primer café que servían.

—A los quince días nos soltaron —contaba Eve riendo—, y en lugar de regresar a la casa, tomamos el tranvía y nos fuimos a pasear a Chapultepec.

—Mientras, Aniceto y yo —contaba Julia compungida— los buscábamos desesperados en todas las cárceles, hospitales y cruces, pensando que les había pasado algo.

Aniceto murió años más tarde. No lo conocí, pero también era un hombre muy guapo, según fotos que más tarde encontré.

A Eve y Julia las visité con frecuencia y vi por ellas hasta su muerte. Después de que no me querían, creo que me llegaron a tener aprecio. Unos años después de que las conocí, decidieron vender la casa de Martín Carrera e irse a vivir con su amiga Lourdes Salas, enfermera como Julia, y a quien le decían de cariño Lu (de quien también fui gran amiga).

El día de la mudanza, al mover el viejo ropero de gran luna que había sido de Aniceto, encontramos en el fondo un buen número de dólares. Tenían la fecha de 1933. Seguramente los había ahorrado cuando trabajaba de bracero en Estados Unidos. Sus hermanas nunca se enteraron de ese dinero, el cual fue repartido equitativamente entre ellas, Lu, Tere mi hermana, y yo.

Así que, finalmente, tuve una pequeña herencia de los Muñoz: quinientos dólares, pero volvamos al desafortunado amor de Marcos y Concha.

XIV

LA TRAGEDIA TOCA A LA PUERTA

UNA BATALLA PERDIDA

El matrimonio de Marcos y Concha resultó un absoluto fracaso. Lo peor fue que Concha se prendó de Aniceto —el sobrino—, tan guapo como él, pero mucho más joven. Eve, moviendo la cabeza en tono reprobatorio, decía: “Es una estupidez del tío Marcos casarse con una mujer tan joven. Él quería aprisionarla, y ella era como un pájaro silvestre”.

Concha hacía cosas que a Marcos le parecían locuras. Y lo eran: cuando su marido llegaba a comer, ella le decía que iba por las tortillas, que la esperara tantito. Se salía con los niños y, de repente, le entraba el delirio de persecución y tomaba un camión a Toluca, porque decía que alguien la iba a envenenar, y lo dejaba ahí sentado en la mesa, furioso.

Un día, desesperado, decidió dejarla y se enroló en las misiones culturales. Recorrió el país alfabetizando y, poco después, se fue a radicar a Guadalajara. Mensualmente, por medio de un abogado, le depositaba a Conchita cierta cantidad que ella dilapidaba, y luego le iba a hacer escándalos al abogado (todo esto según versión de Eve y Julia).

Cada vez estaba peor. Abandonaba a los niños en cualquier lugar. Llegaba a casa de Eve y le decía que le encargaba a Tere un ratito, y pasaban días sin que fuera a recogerla. Eve, en alguna ocasión, le dijo que se la dejara para siempre, pero con papeles.

Naturalmente, dijo que no. Un día encargó a Tere con una señora que vendía carbón, y hasta al día siguiente la fue a buscar. Otra vez, abandonó a Marconi en la iglesia de Santo Domingo. Unas beatas lo recogieron y lo tuvieron por algunos días. Concha, al recobrar la lucidez, fue a buscar a su hijo y le pidió ayuda al sacerdote del lugar. Gracias a eso, el niño le fue devuelto.

Pero la tragedia estaba al acecho.

En una ocasión, en su delirio persecutorio se subió a un camión, y a mí con ella. Tere logró subirse corriendo, pero Marconi, que estaba más chico, no alcanzó a subir y una llanta le aplastó una pierna. Lo llevaron a la Cruz Roja. Por esas coincidencias de la vida, un hermano de Adela Osorio, aquella antigua amiga de Concha, trabajaba en la línea de camiones y le contó a su hermana del accidente.

Adela, poseedora de un gran espíritu para ayudar a los demás, buscó a Concha. Ella, en una de sus locuras, había sacado al niño a fuerzas del hospital y lo tenía en la casa. Marconi se arrastraba para caminar y la pierna estaba infectada. Doña Adela decidió llevárselo a su casa y curarlo, tenía conocimientos de enfermería y le salvó la pierna al niño. Se lo entregó nuevamente a Conchita, pues ésta se lo reclamaba, aunque por su locura no podía cuidarlo bien ni a él ni a nosotras.

Una vez entró a la casa un ladrón que llevaba en las manos un cuchillo. La habitación estaba toda revuelta, sólo sobre la repisa relucía una moneda de plata. Al ver a los niños asustados, lloriqueando, abrazados junto a su mamá, el ladrón quizá se compadeció y salió corriendo dejando la moneda.

La gota que devino en cascada fue cuando a Conchita se le ocurrió quemar todos los libros que aún había de papá Marcos. Hizo una hoguera en mitad del patio, pero el fuego amenazaba propagarse a las habitaciones. Alguien —quizá las tías— llamó a los bomberos. Después de apagar el fuego, una ambulancia se llevó a doña Concha al manicomio. Como no pudieron quitarme de sus

brazos, yo me fui con ella. Mientras, Marconi y Tere se quedaron abandonados y, por algunos días, vagabundearon por el mercado pidiendo comida. Andaban andrajosos y llenos de piojos.

De nueva cuenta, nuestro ángel de la guarda, Adela, se enteró del problema y decidió, como dicen los clásicos, tomar cartas en el asunto. Se citó en la casa de la Villa con Eduardo Serrano —aquel hermano de mi mamá Conchita que nunca se ocupó de nosotros—, Eve y Julia, y de común acuerdo decidieron repartirnos, pues don Marcos tampoco daba señales de vida.

Las tías Eve y Julia dijeron que ellas ya habían arreglado que nos internaran (gracias a una carta otorgada por el doctor Carlos Chávez, con quien trabajaba Julia). A Tere y a mí nos pondrían en el internado Mier y Pesado, y a Marconi, con los Hijos del Ejército. Adela dijo que no, que ella se podría quedar con Marconi, a quien ya le había agarrado afecto; de Tere podía hacerse cargo su hermano Aurelio, que no tenía hijos, y a mí me darían en adopción con un matrimonio que tampoco tenía hijos. En un papel cualquiera escribieron el pacto y, de esta manera, decidieron nuestro destino.

Daniel y Estela, que tenían quince años de casados y no habían podido tener hijos, me aceptaron con la condición de que jamás supiera mi origen. Me supongo que fueron por mí a la Castañeda y me llevaron a su casa.

EPÍLOGO

Mi acta del Registro Civil con el nombre de Elsa Estela Rodríguez Osorio asienta que nací el 13 de julio de 1938. El registro se llevó a cabo cuatro años después de haber nacido, y creo que fue luego de que mi papá Daniel murió. Pienso que cuando mi mamá Estela se quedó viuda, lo primero que hizo fue registrarme como su legítima hija, pues temía que algún día los verdaderos padres me reclamaran.

Al investigar en el Registro Civil, décadas más tarde, encontré mi otra acta de nacimiento con el nombre de Mireya Muñoz Serrano, fechada el 28 de octubre de 1937.

De esta manera descubrí que siempre he vivido con el nombre prestado. Pero me siento satisfecha; he ganado muchas batallas y mi libertad.